

LUZ ELENA ZAMUDIO (comp.), *Espacio, viajes y viajeros*, México, Aldus-UAM-Iztapalapa, 2004; 354 pp. (*Las horas situadas*).

En la era de los viajes-todo-pagado, de los intercambios académicos masivos, del turismo médico, de las multitudinarias migraciones desiguales, o del muy redituable tráfico de niños y mujeres, la literatura de viajes, nunca ausente en la práctica, ha vuelto a hacerse notar con relieve propio en el mapa del pensamiento sobre la literatura.

En la praxis textual, esa franja específica del territorio literario (y zonas afines) es mucho más común de lo que se estaría dispuesto a admitir quizá de inmediato; tan común, que, ya en terreno más apegado a la literatura, 'literatura de viajes' parecería otra manera de designar a la literatura misma. Sin embargo, cuando empleamos el sintagma 'literatura de viajes' estamos pensando en una zona particular dentro y fuera de ese territorio, en la que el propósito testimonial somete a sus propios designios todos los otros procedimientos y recursos que participan de la producción textual y aun todos los géneros o rasgos morfogenéricos que puedan contribuir a realizar ese propósito. Pues la literatura de viajes, fiel a ese su nombre, no se reduce a la literatura (canónica), si bien puede terminar identificándose con ésta ya reconfiguradas sus normas; ni tampoco se identifica con uno u otro género discursivo, aunque pueda valerse por igual de uno u otro (relato, cuento, diario, novela, carta, memorias, crónica, poema, etc.).

La literatura de viajes comienza por restituir su valor a ese rasgo central de la escritura que es precisamente el viaje, el desplazamiento, el desprendimiento, la pérdida de una relativa estabilidad en aras de una plenitud o de una restitución tan necesaria como incierta. Así, pues, estudiar la literatura de viajes, según se hace en el libro *Espacio, viajes y viajeros*, termina por ser otro modo de acceso a la literatura. La vinculación intrínseca del corpus textual de la literatura de viajes con el sistema total de la literatura parece venir dada principalmente por dos vías: a) la del escritor o escritora de ese tipo de textos, quien gozaba en su momento o en alguna de sus posteridades de algún crédito como escritor en el ámbito literario; o b) la del reconocimiento como literarios de los géneros cultivados por estos para textualizar sus experiencias como viajeros.

Al trasluz de estas observaciones derivadas de la lectura de este libro, cae de suyo la distinción entre literatura *de* viajes y literatura *del* viaje; entre la literatura dedicada a dejar constancia vivencial del paso de sus autores y autoras por distintos espacios geoculturales, y la literatura que hace del viaje su motivo temático central. Testimonio más bien histórico la una, y ficción la otra. Si en la lite-

ratura de viajes llegan a confundirse su autor o autora y su personaje protagónico, en la literatura del viaje puede (y suele) todavía diferenciarse entre ambos. Ejemplos de la primera serían aquí los de Guillermo Prieto, o de Ordóñez de Ceballos, o de Salvador Novo; mientras que la literatura del viaje estaría representada por novelas como las de Héctor Tizón o Noé Jitrik, o por cuentos como los de Juan Carlos Onetti.

Con esto voy señalando ya, como al paso, uno de los méritos que más respalda la salida del libro que comento: el panorama, tal vez involuntario pero forzoso, que ofrece de la literatura hispanoamericana, núcleo casi exclusivo del conjunto de artículos y ensayos investigativos reunidos en él. En efecto, en el libro, junto con los autores más o menos canónicos del mayoritario siglo xx (María Luisa Olivier, Amado Nervo, José Vasconcelos, Salvador Novo, Juan Carlos Onetti, Noé Jitrik, Margo Glantz, Elena Poniatowska, Angelina Muñiz-Huberman, Silvia Molina, María Luisa Puga, Juan Villoro, Sergio Pitol, *et al.*), se recorren otros también significativos del siglo xvi (Bernal Díaz del Castillo), del xvii (Ordóñez de Ceballos), del xix (Guillermo Prieto) y de los años delta de los siglos xix y xx (Raimundo Cabrera, Aurelia Castillo de González, María Luisa Dolz, Serafín Pichardo). Como si la revisión de la literatura de viajes ofreciera otra arista para historiar el proceso literario y más allá del pensamiento hispanoamericano, como lo hace también, por ejemplo, la literatura fantástica.

Llama la atención, en medio de tal abundancia, que ningún estudio se haya concentrado sobre la literatura correspondiente a los tantos viajeros del siglo xviii que contribuyeron a poner en sintonía el pensamiento hispanoamericano, y novohispano en particular, con las ideas de la Ilustración francesa; o sobre la muy generosa de los jesuitas que descubren o intensifican y depuran su conciencia de latinoamericanos, una vez expulsados de los territorios del imperio español.

Empero, sería injusto atribuir esa omisión al libro comentado, por cuanto no fue propósito suyo reconstruir un panorama histórico del proceso literario en Hispanoamérica: antes bien, habría que agradecer esa especie de beneficio adicional aportado por él, consistente en permitirnos una reconstrucción posible del funcionamiento diacrónico de la literatura de viajes en Hispanoamérica. Y es que, a juzgar por ese resultado, parecería imposible intentar un panorama de la literatura hispanoamericana que no diera cuenta de ese inmenso corpus adscrito o adscribible a la literatura de viajes, aunque no se acepte siempre en la literatura misma.

Excepción siquiera en parte a ese beneficio sería el caso del escritor inglés Graham Greene, estudiado ahí como autor de un libro

de artículos (*Caminos sin ley*, 1940) en el cual comparte reflexiones e inquietudes sobre la situación religiosa que se vive por esos años en el estado mexicano de Tabasco. Además de no haber nacido en tierras de Hispanoamérica (como tampoco Bernal Díaz u Ordóñez de Ceballos), Greene escribió en inglés. Por lo que su misma inclusión en un libro de estudios sobre el comportamiento de la literatura de viajes en Hispanoamérica no hace sino poner de relieve —así sea de manera tangencial— el problema que comporta la selección de los criterios según los cuales se constituye el corpus textual de la literatura hispanoamericana, y no sólo la de viajes, desde el siglo xv.

Menos comprensibles, aunque haya disfrutado sus correspondientes acercamientos, me ha parecido la inclusión de los estudios dedicados a cuentos de Juan Carlos Onetti o a la reciente narrativa argentina de ficción más interesada temáticamente en/por la experiencia del exilio. En tales casos, la discreta frontera entre literatura de ficción y literatura de viajes parecería esfumarse más por voluntad de los responsables de su estudio que por exigencias intrínsecas del material estudiado. De ahí la pertinencia de la distinción entre literatura de viajes y literatura del viaje.

Otro acierto de *Espacio, viajes y viajeros* viene dado por la revisión teórica y metodológica que sustenta cada uno de los acercamientos acometidos ahí a la literatura de viajes (¿género en sí mismo?; ¿o modo más bien que atraviesa y aprovecha rasgos morfológicos de otros, con preferencia, de la prosa narrativa?). Tal revisión le concede una plataforma de despegue bastante común a los disímiles acercamientos analíticos ahí realizados; de manera que la diversidad de sus objetos de estudio no atenta contra su unidad como libro.

A éste y a los otros aciertos mencionados habría que añadir uno que tal vez sea más decisivo: la seriedad de cada uno de los estudios que lo integran. Por circunstancias fortuitas, me tocó leer la mayoría de esos estudios en una etapa previa de la elaboración de este libro, y puedo asegurar que valió el esfuerzo, pues en todos los casos la receptividad prestada a las observaciones de éste y otros lectores, cuando fue necesaria, redundó en una consolidación de la calidad que ya mostraban por entonces.

Tema unitario de estudio en principio, el relato de viajes se intersecta incluso con las experiencias de vida de algunas de las colaboradoras de este libro, según permiten comprobarlo casos como los de la uruguaya Rocío Antúnez, las argentinas Ana Rosa Domenella y Sandra Lorenzano, la española María José Rodilla o las cubanas Aralia López y Nara Araújo, todas asentadas desde hace años en este valle de redención. Y es que extraño sería que un libro dedicado al estudio de la literatura de viajes (y la literatura

del viaje) no deviniera, él mismo, enciclopedia de bolsillo del viaje que ahí se estudia y también se estimula por el lado del lector.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA

Tecnológico de Monterrey, Campus ciudad de México.

ALEJO CARPENTIER, *A puertas abiertas. Textos críticos sobre arte español*. Compilación y edición de José Antonio Baujín y Luz Merino, Santiago de Compostela, Biblioteca de la Cátedra de Cultura Cubana Alejo Carpentier, Universidad de Santiago de Compostela, 2004.

Concierto crítico

El juicio sobre una obra siempre es arriesgado; implica algo de profecía, de permanencia a partir de conocimientos formales acerca de la forma, el color y la intencionalidad. Hasta el surgimiento de la disciplina que estableció la crítica como un saber especializado, los escritores se han asomado al mundo de las artes plásticas con las herramientas del *amateur* que ejercita su gusto e intuición. No se introduce en esta breve reseña esa supuesta polémica en torno a la crítica denominada “poética”, aquella realizada por escritores y que apelaría a la sensibilidad con la belleza de sus figuras y metáforas, y la denominada crítica “científica”, hecha por especialistas y destinada a la razón gracias a la austeridad de su lenguaje y la riqueza de sus conceptos.

La pasión que las artes visuales han despertado en numerosos escritores no es nueva. A lo largo de los siglos poetas y escritores han experimentado el *llamado de la pintura*, esa suerte de fascinación y curiosidad que despierta otra forma de creación a la vez complementaria y distante. Muchos de los textos sobre pintura y otras artes visuales han calado hondo en la historia de la crítica; algunos son, incluso, casi canónicos. La figura del escritor crítico no es exclusiva de una tradición francesa, aunque ésta sí representa una de las “escuelas” más influyentes. Así, han hecho crítica, o bien han tomado partido por diferentes movimientos estilísticos, escritores como Stendhal, testigo de las turbulencias entre románticos y clásicos, Baudelaire, modelo del poeta crítico en cuyos trabajos acerca del arte puede tomarse el pulso a una modernidad frenética, o Apollinaire y Breton, envueltos en los devaneos de las vanguardias “heroicas”.